

CCXLII

Y Guinemán justa contra el rey vilticio. Le rompe toda la adarga, en donde están pintadas unas flores, le desgarró la loriga y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon, y, llore o ría, lo derrumba muerto. A este golpe los de Francia exclaman:

-¡Golpead, barones! ¡No tardéis! ¡El derecho está con Carlos, contra la gente odiada! ¡Dios nos ha escogido para proclamar el verdadero juicio!

CCXLIII

Malprimis monta un caballo todo blanco. Se lanza a las filas de los francos, y va de uno al otro dando grandes golpes y derribando el muerto sobre el muerto. El primero entre todos, grita Baligán:

-¡Oh, mis barones, por largo tiempo os he sustentado! ¡Ved a mi hijo: es a Carlos a quien busca para juntarse con él! ¡A cuántos barones ha desafiado con sus armas! ¡Uno más valiente que él yo no lo pido! ¡Socorredle con vuestras lanzas afiladas!

A estas palabras los infieles se lanzan, asestando duros golpes. Grande es la carnicería. La batalla es maravillosa y pesada. Ni antes ni después jamás se vio otra más ruda.

Sin número son las huestes, audaces las tropas. Han chocado todos los cuerpos de batalla. Y los infieles acometen maravillosamente. ¡Dios! ¡Cuántas astas partidas por la mitad, cuántos escudos rotos, cuántas lorigas con su mallas deshechas! Cubren la tierra y la hierba verde y fina del campo. El emir invoca a sus fieles:

-¡Golpead, barones! ¡Sobre la ralea cristiana!

La batalla es dura y obstinada. Ni antes ni después se vio otra más áspera. Durará, sin tregua, hasta la noche.

CCXLV

Requiere a los suyos el emir:

-¡Matad, paganos; sólo habéis venido a matar! Os daré nobles y hermosas mujeres; os daré feudos, tierras, dominios.

-¡Así debemos hacerlo! -responden los infieles.

Tanto vuelan los brazos que se les rompen muchas de sus lanzas. Entonces desenvainan más de

cien mil espadas. Ved la pelea horrible y dolorosa; el que esté en medio de ellos sabe lo que es una batalla.

CCXLVI

El emperador invoca a sus franceses:

-Señores barones. Yo os quiero; tengo en vosotros fe. Por mí habéis librado muchas batallas, conquistado reinos, degradado reyes. Bien lo reconozco, y quiero daros, por soldada, mi cuerpo, tierras y dineros. Vengad a vuestros hijos, a vuestros hermanos, y a vuestros herederos, que la otra tarde en Roncesvalles fueron muertos. Bien lo sabéis; combatir a los infieles es un derecho que me pertenece.

-¡Señor, verdad decís! -responden los franceses.

Y en torno al rey se juntan veinte mil, que a una voz le juran su fe y no fallarle ni por muerte ni por angustia. Ellos sabrán bien emplear la lanza. A la hora herirán con las espadas. La batalla es maravillosamente encarnizada.

CCXLVII

Cabalgó Malprimis por mitad del campo. En los de Francia está haciendo una gran carnicería. Naimón, el duque, le mira fieramente y, como valiente que es, le ataca. De su escudo, le desgarró el cuero; de su cota, le rompe los dos paños, y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon amarillo; lo abate muerto entre otros que yacen sin número.

CCXLVIII

El rey Canabeu, hermano del emir, espolea sin piedad a su caballo. Desnuda está su espada: el pomo es de cristal. Hiere a Naimón sobre su yelmo; se lo parte en dos mitades. Con su espada de acero le ha roto cinco lazos; de nada le sirve su almófar a Naimón; le hiende la cofia hasta la carne, y le arroja a tierra un pedazo. Rudo fue el golpe; el duque parece fulminado. Va a caer, pero Dios le ayuda. Con sus dos brazos se ase al cuello de su corcel. Si el infiel repite el golpe, es muerto el noble caballero. Carlos de Francia acude, y le socorrerá.

CCXLIX

En gran desgracia está sumido el duque Naimón. Y el infiel se apresura a herirle de nuevo. Carlos le dice:

-¡Truhán! ¡Es por tu desdicha que te enfrentas con él!

Y en su audacia, le acomete. Le parte el escudo al infiel, se lo aplasta contra el corazón. Le rompe la cota y lo derriba muerto. La silla queda vacía.

CCL

Carlomagno, el rey, está lleno de dolor cuando ve ante sí herido a Naimón y derramada la clara sangre del duque sobre la verde hierba. Inclinado sobre él le dice:

-Hermoso caballero Naimón, cabalgad a mi costado. Muerto es ya el truhán que os puso en tal brete.

Por esta vez le hundí en el cuerpo mi lanza.

-¡Señor -responde el duque-, a vos me confío! Si sobrevivo, nada habéis de perder.

Después, con todo amor y con toda fe, van uno al lado del otro, y con ellos veinte mil franceses.

No hay uno que no hiera y no dé tajos.

CCLI

El emir cabalga por el campo. Va a acometer al conde Guinemán. Le aplasta su escudo blanco contra el corazón, le hace trizas los puños de su cota, le abre en dos el pecho y le abate muerto de su veloz corcel. Después ha matado a Gebuino y a Lorant, y a Ricardo el Viejo, el señor de los Normandos. Los infieles gritan:

-¡Preciosa bien vale lo que vale! ¡Golpead, infieles, que tenemos quien lle por nosotros!

CCLII

¡Es hermoso ver a los caballeros de Arabia, a los de Occitana, de Heraclea y de Bascla! ¡Cómo asestan golpes con sus lanzas! Y, por su parte, los francos no piensan en romper sus filas. De los franceses y de los infieles muchos han muerto. Hasta la noche la batalla es enconada. ¡De los barones de Francia cuántos murieron! ¡Qué de duelos aún hasta que termine!

CCLIII

Franceses y árabes pelean a voluntad. ¡Cuántas astas son rotas, cuántas lanzas resplandecientes! Quien hubiese visto estos escudos destrozados, quien hubiese oído los crujidos de las blancas cotas y rechinar los escudos contra los yelmos; quien hubiese visto caer a tanto caballero, dar alaridos tantos hombres y morir contra la tierra, tendría el recuerdo de tan gran dolor. Esta batalla es fatigosa de soportar. El emir invoca a Apolo y Tervagán, y también a Mahoma:

-¡Mis señores dioses: largo tiempo os he servido! ¡Todas vuestras imágenes he de labrarlas de oro puro!

Ante él llega un su fiel, Gemalfin. Malas noticias le trae, así habla:

-Baligán, señor. Una gran desgracia ha caído sobre vos. Vuestro hijo, Malpimis, lo habéis perdido. Y Canabeu, vuestro hermano, ha sido muerto. Dos franceses tuvieron el honor de vencerles. Uno de los dos es el emperador, según yo creo. Es un barón de alta estatura, que parece un poderoso señor. Blanca tiene la barba como flor de abril.

El emir inclina la cabeza por el peso del yelmo. Su rostro se ensombrece. Su dolor es tan fuerte que ya piensa en morir. Y llama a Jangleu de Ultramar.

CCLIV

El emir dice:

-Avanzad, Jangleu. Sois hombre de pro, y de gran sabiduría. Siempre tomé vuestro consejo. ¿Qué os parece de los árabes y de los francos? ¿Alcanzaremos la victoria en esta batalla?

Y él responde:

-Sois muerto, Baligán. Vuestros dioses no han de poder salvaros. Carlos es fiero, sus hombres son valientes. Jamás vi raza tan atrevida en el combate. Pero llamad en vuestra ayuda a los barones de Occitana, turcos, árabes y gigantes. Venga lo que viniere, no tardéis.

CCLV

Deja el emir sobre la cota su barba blanca como la flor del espino. Suceda lo que fuere, él no quiere ya esconderse. Emboca una bocina de claro timbre y es tan alto su tañido, que sus infieles lo escuchan. Por todo el campo se juntan sus tropas. Los de Occitana braman y relinchan; los de Heraclea gañen como perros. Con qué temeridad van buscando a los franceses; lanzándose a lo más espeso, los acometen y los separan. De un golpe derriban allí, muertos, siete millares.

CCLVI

El conde Ogier jamás conoció la cobardía. Jamás mejor barón vistió loriga. Al ver romperse los cuerpos de batalla de los franceses, llama a Terrín, el duque de Argona, a Godofredo de Anjou y al conde Jocerán. Muy fieramente exhorta a Carlomagno:

-¡Ved cómo los infieles matan a vuestros hombres! ¡No placera a Dios que vuestra cabeza cifa la corona, si vos no atacáis al punto para vengar vuestra afrenta!

No hay quien responda una sola palabra. Todos espolean fuertemente y lanzan a fondo sus caballos y acometen a los infieles donde los encuentran.

CCLVII

Carlomagno, el rey, acomete maravillosamente. Y Naimón el duque, y Ogier el danés. Y Godofredo de Anjou, que lleva la insignia. Y mi señor Ogier el danés es valiente entre todos. Espolea su corcel, lo lanza con gran fuerza, y va a matar a aquel que lleva el dragón; con tal golpe, que derriba al momento, a sus pies, a Ambrosio, al dragón y la insignia del rey. Baligán ve su gonfalon abatido, y envilecido el estandarte de Mahoma. Entonces, el emir comienza a entrever que con él va la sinrazón y con Carlomagno el derecho. Los infieles de Arabia vuelven grupas. El emperador invoca a sus franceses:

-¡Barones, decid, por Dios, si me habéis de ayudar!

-¿Por qué lo preguntáis? -responden los franceses-. ¡Felón será quien no acometa a ultranza!

CCLVIII

Pasa el día, se acercan ya las vísperas. Francos e infieles se acometen con las espadas. Los que enfrentaron a estos ejércitos son tan bravos el uno como el otro. Y no olvidan sus gritos de guerra:

-¡Preciosa! -clama el emir.

Carlos:

-¡Montjoie! -su famoso santo y seña.

A sus voces altas y claras, se han reconocido. En medio del campo se juntan y se requieren. Se reparten grandes golpes de lanza sobre sus adargas ornadas de círculos. Uno a otro se las rompen por debajo de las anchas bloca. Los paños de las dos lorigas se desgarran, pero ninguno de ellos se llega a la carne. Las cinchas se rompen, resbalan las monturas. Los dos reyes caen. Pero se incorporan y pronto se ponen de pie. Ambos desenvainan furiosos sus espadas. Esta lucha no se trará de nuevo. Sin muerte de hombre no puede darse por acabada.

CCLIX

Muy valiente es Carlos, el de la dulce Francia, mas el emir no le teme ni tiembla. Los dos levantan sus espadas desnudas, y sobre los escudos se dan recios golpes. Se parten los cueros y las maderas, que son dobles. Caen los clavos; las bloca vuelan en pedazos. Después, a cuerpo descubierto, se acometen sobre las lorigas. Despiden centellas sus claros yelmos. No puede acabar esta lucha sin que uno de los dos reconozca su yerro.

CCLX

Dice el emir:

-¡Carlos, entra en razón! ¡Resuélvete a mostrarme que te arrepientes! En verdad tú me has matado a mi hijo y es muy contra derecho que reivindiques mi país. ¡Conviértete en mi vasallo, vente a Oriente como mi servidor!

Carlos responde:

-A mi entender será una gran villanía. A un infiel no le debo conceder ni paz ni amor. Recibe la ley que Dios nos revela, la ley cristiana. Al pronto te amaré. Sirve y confiesa al Rey Todopoderoso.

-¡He aquí que predicas un mal sermón! -dice Baligán-. Entonces vuelven a atacarse a golpes de espada.

CCLXI

El emir es de gran vigor. Le da a Carlomagno sobre su yelmo de acero bruñido; se lo parte sobre la cabeza y lo hiende. La hoja baja hasta la cabellera y arranca un palmo entero de carne, o más; el hueso queda desnudo. Carlos vacila y va a caer. Pero Dios no quiere que lo maten ni que lo venzan. San Gabriel está otra vez a su lado, y le pregunta:

-Rey magno, ¿qué haces?

CCLXII

Cuando Carlos oye la santa voz del ángel, ya nada teme. Sabe que no ha de morir, y le vuelven su vigor y sus sentidos. Con la espada de Francia golpea al emir. Le rompe el yelmo, donde centellean las gemas; le abre el cráneo y el cerebro se derrama. Le hiende la cabeza hasta la barba blanca, y sin más recurso, lo abate muerto. Grita, entonces, ¡Montjoie! a fin de que los suyos se le reúnan.

Al grito, el duque Naimón ha venido. El tiene a Tencedor, y el rey magno vuelve a montar en él. Huyen los infieles. Dios no quiere que allí queden. Los franceses han llegado al fin tan deseado.

CCLXIII

Huyen los infieles por la voluntad de Dios. Los franceses, y el emperador con ellos, los persiguen. Dice el rey:

-Señores, vengad vuestros duelos. Haced vuestra voluntad, y que se iluminen vuestros corazones, porque he visto esta mañana a vuestros ojos llorar.

-¡Señor, así debemos hacerlo! -responden los franceses.

Y cada uno asesta grandes golpes, tantos como puede. De los infieles que allí quedan, bien pocos escaparon.

CCLXIV

El calor es fuerte y el polvo se levanta. Los infieles huyen y los franceses los acosan. Hasta Zaragoza les persiguen. A lo alto de su torre ha subido Abraima, con ella sus clérigos y canónigos de la falsa ley que nunca amó Dios. No están ordenados ni tonsurados. Cuando ella ve a los árabes en tal rota, exclama en voz alta:

-¡Ayúdanos Mahoma! ¡Ah, gentil rey, he aquí vencidos a nuestros hombres! El emir fue muerto, de muerte afrentosa.

Cuando lo oye Marsil, se vuelve hacia el muro; sus ojos derraman lágrimas, inclina su cabeza. Ha muerto de dolor abrumado por el infortunio. Y entrega su alma a los viles demonios.

CCLXV

Muertos (...) son los infieles, y Carlos ha ganado su batalla. De Zaragoza la puerta ha derribado; sabe que ella ya no será defendida. Toma la ciudad. Penetran las tropas. Por derecho de conquista ellas dormirán allí aquella noche. Lleno de orgullo está el rey de la barba encanecida. Y Abraima le ha rendido las torres, las diez grandes y las cincuenta chicas. Quien obtiene la ayuda de Dios, bien acaba sus tareas.

CCLXVI

Pasó el día, cayó la noche. Clara es la luna y las estrellas brillan. El emperador ha tomado Zaragoza. Por mil franceses hace registrar a fondo la ciudad, las sinagogas y las morerías. A golpes de mazo y de hacha destruyen las imágenes y todos los ídolos: allí no ha de quedar ni maleficio ni sortilegio. El rey cree en Dios, quiere servirlo, y sus obispos bendicen las aguas. Se conduce a los infieles hasta el baptisterio, y si alguno se resiste a Carlos, el rey hace que lo cuelguen o lo quemen o lo maten por el hierro. Más de cien mil son bautizados verdaderos cristianos; mas no la reina. Ella será llevada cautiva a la dulce Francia. El rey quiere que se convierta por amor.

CCLXVII

La noche pasa, se levanta el día claro. Carlos guarnece las torres de Zaragoza. Deja allí mil caballeros bien probados: ellos guardarán la ciudad en nombre del emperador. El rey monta a caballo; lo mismo hacen todos sus hombres. Y Abraima, que es llevada cautiva; pero él nada quiere hacerle, más que el bien. Emprenden la marcha llenos de alegría y arrestos. Ocupan Narbona a viva fuerza, y se van. Carlos llega a Burdeos la famosa. Sobre el altar del barón San Severino deposita el olifante, lleno de oro y de monedas. Los peregrinos que allá van pueden verlo todavía. Pasa el Girona en los grandes bajeles que allí encuentra.

Hasta Blaye ha conducido a su sobrino, y a Oliveros, su noble compañero, y al arzobispo, que fue sabio y valiente. En blancos féretros hizo colocar a los tres señores, en San Román: es allí que reposan los valientes. Los franceses los confían a Dios y a sus Nombres.

Por valles y por montes cabalga Carlos hasta Aquisgrán sin hacer alto en su jornada. Tanto cabalga que ya desmonta ante las gradas. En cuanto llega a su palacio soberano, ordena venir, por mensajeros, a sus jueces, bávaros y sajones, lorenenses y frisonos. Llama a los alemanes, llama a los borgoñones, y a los potevinos, normandos y bretones. Y a los de Francia, que, entre todos, son sabios. Entonces comienza el juicio de Ganelón.

CCLXVIII

El emperador ha vuelto de España. Viene a Aquisgrán, la mejor sede de Francia. Sube a su palacio y entra en la sala. Y he aquí que a su encuentro sale Alda, una hermosa doncella. Y dice al rey:

-¿Dónde está Roldán, el capitán, que juró tomarme por esposa?

Carlos está sumido en gran dolor y pena. Lloro y se mesa la barba blanca:

-¡Hermana, amiga querida! -dice-, ¿Por quién preguntas tú? Por un muerto. Haré por tí el mejor trueque: será Ludovico. No podría encarecerte algo mejor. Es mi hijo. Es quien poseerá mis comarcas.

-Vuestra palabra me es extraña -responde Alda-. ¡A Dios no le place, ni a sus santos, ni a sus ángeles, que, muerto Roldán, pueda yo vivir!

Pierde la color. Cae a los pies de Carlomagno. Y muere al punto. ¡Que Dios tenga piedad de su alma! Los barones franceses lloran y la compadecen.

CCLXIX

Alda, la bella, ha llegado a su fin. Cree el rey verla desmayada, y se apada de ella, y llora. La toma por las manos, la levanta. Sobre los hombros cae la cabeza. Cuando Carlos la ve muerta, manda luego por cuatro condesas. A un monasterio de monjas la conducen: toda la noche, hasta el alba, la velan. En la anchura de un altar, la entierran con gran pompa. El rey altamente la ha honrado.

CCLXX

El emperador ha regresado a Aquisgrán. Ganelón, el felón, entre cadenas de hierro, está en la ciudad ante el palacio. A un palo le amarraron los siervos. Las muñecas le ataron con correas de piel de ciervo, y le azotan fuertemente con varas y bastones. No merece otra recompensa. Con gran dolor espera allí su juicio.

CCLXXI

Escrito está en la antigua gesta que, de cada país, Carlos manda por sus vasallos. Se han juntado en Aquisgrán, en la capilla, en el gran día de una fiesta solemne; según dicen muchos, en la del barón San Silvestre. Desde entonces comienza el juicio y he aquí la historia de Ganelón, que ha traicionado. El emperador le hace llevar a su presencia.

CCLXXII

-Señores barones -dice Carlomagno el rey-. Juzgadme a Ganelón, según derecho. Él vino con el ejército hasta España, junto a mí. Él me ha quitado a veinte mil de mis francos. Y a mi sobrino, que ya no veréis jamás, y a Oliveros, el valeroso y cortés, y a los doce Pares; él les ha traicionado por dineros.

-¡Vergüenza sobre mí -dice Ganelón-, si de esto hago misterio! Roldán me hizo perjuicio en mis bienes y en mi oro. Por eso busqué su ruina y su muerte. Pero en que haya aquí traición, no lo concedo.

-Tendremos consejo -responden los franceses.

CCLXXIII

Ante el rey está, de pie, Ganelón. El cuerpo tiene muy gallardo; el rostro arrebolado. Si fuese leal, se creería ver en él un paladín. Mira a los de Francia, y a todos los juzgadores, y a treinta de sus parientes que se hallan junto a él. Después grita con voz alta y fuerte:

-¡Por el amor de Dios, barones, escuchadme! Yo fui, señores, con el ejército junto al emperador. Yo le servía con toda fe y con todo amor. Roldán, su sobrino, me tomó odio y me condenó a la muerte y al dolor. Fui enviado como mensajero al rey Marsil, y, por mi astucia, pude salvarme entonces. Desafió a Roldán, el esforzado, y a Oliveros, y a todos sus compañeros. Carlos y sus nobles barones escucharon mi reto. ¡Me he vengado, pero no fue traición!

-Tendremos consejo -responden los franceses.